

fenómeno de la falsa conciencia. Aun cuando el autor reclama una correspondencia entre los ensayos componentes de las Partes I y III del libro —una correspondencia en cuanto a una mayor explicación del problema del método— es mi contención que tal correspondencia no se observa. No se observa debido a que todo intento dirigido a la clarificación del problema del método en las ciencias sociales exige la elaboración de issues metodológicos vis-a-vis substancia social y no filosófica aun cuando la metodología empleada en las ciencias sociales esté arraigada en la filosofía misma.

Como punto final deseo reafirmar que el libro de Runciman posee un gran valor académico por su contenido sociológico y sus nociones sobre la metodología empleada en la sociología. Este libro es altamente recomendable para cursos de teoría, metodología y estratificación social. Su lectura es una obligación para todos los sociólogos y todos los académicos comprometidos con el estudio y análisis de los fenómenos sociales.

Prof. Onel Vázquez
Depto. de Sociología
Universidad de Puerto Rico.

ISSAC S. Y SUXANNE A. EMMANUEL, *A Tribe of Merchants, History of the Jews Of the Netherland Antilles*, American Jewish Archives, Cincinnati, 1970.

La historia de los judíos después de su dispersión de la antigua Palestina por los romanos, es única e interesante en sí misma. En primer lugar es único que después de diez siglos los judíos hayan mantenido su identidad tribal por medio de una adhesión esclavizante a sus rituales religiosos, a sus comidas, a sus costumbres y a su saber bíblico. Y es interesante que los judíos hayan sobrevivido como pueblo, no dentro de la estructura de clases que previamente había definido sus instituciones sociales, sino dentro de una totalmente nueva estructura de clases que se manifiesta únicamente en los mercaderes, artesanos, escribas y religiosos eruditos.

Las leyes prohibían a los judíos el poseer tierra, de aquí que no existiesen entre los dispersados judíos ni campesinos ni aristócratas. Las leyes prohibían a los judíos el portar armas, de aquí que no hubiese soldados entre los judíos. Durante muchos años les estuvo prohibido

a los judíos el desempeñar cargos burocráticos en los imperios del medio este. Así, emergió una nueva nación, una nación de tenderos, comerciantes y eruditos.

En esencia, entonces, aun cuando los judíos concienzudamente mantuvieron sus antiguas costumbres tribales y religiosas, aun así, fueron totalmente transformadas en esta nueva era y para el tiempo en que los descubrimos como ciudadanos de Holanda, viviendo en las Antillas Holandesas, tienen poco parecido con el pueblo del Rey David con el que tan desesperadamente continuaban identificándose.

Sin embargo, dirigiendo nuestra atención a dos grupos únicamente —comerciantes y eruditos— vemos que después de diez siglos, habían desarrollado grandes habilidades en esas áreas y las habían hecho tradicionales dentro de la familia de manera tal que las generaciones sucesivas estuvieron imbuídas de esta nueva ética tribal que llegó a ser la marca de identificación por excelencia de los judíos a lo largo de su historia moderna.

En este sentido, los dos volúmenes titulados *History of the Jews of the Neiberlands Antilles*, de Isaac S. y Suxanne A. Emmanuel, es una interesante contribución a la documentación de la tendencia histórica anteriormente mencionada.

Esos volúmenes documentan profusamente y al detalle el éxito de los judíos como mercaderes-comerciantes, banqueros y agentes de seguros durante los días en que los holandeses y los ingleses retaron a los españoles por el control del comercio del Nuevo Mundo.

Es de gran interés, no sólo el hecho de que los judíos fuesen comerciantes exitosos, sino el modo cómo consiguieron este éxito. No fue la inteligencia en los negocios la llave real del éxito de los mercaderes judíos, sino que más bien, su éxito se fundamentó sobre algunas circunstancias críticas que tenían que ver con su previa residencia en España y con su increíble sistema de relaciones familiares que estaban desperdigadas desde Curaçao en las Indias Occidentales hasta Salónica y Estambul, pasando por Amsterdam e incluso por Venecia.

Para poner esto más claramente, en primer lugar los judíos podían hablar español, y parece, que aun cuando la inquisición había expulsado a los judíos de España, todavía mantenían estrechos lazos comerciales con los comerciantes españoles que previamente habían tratado con ellos. Así que, allí donde los mercaderes holandeses e ingleses estaban excluidos de tal comercio, los judíos continuaron beneficiándose del mismo. Los holandeses, viendo esto, en lo que tocaba a sus intereses, protegieron este comercio de ingleses y franceses y permitieron a sus ciudadanos judíos el continuar tal comercio y usarlo para beneficio

propio, aunque permitiéndoles participar también de este beneficio a los judíos.

En segundo lugar (y esto está bien documentado en los dos volúmenes), los judíos desarrollaron una asombrosa red de interrelaciones familiares y comerciales. Los mercaderes judíos hacían negocios a lo largo del Atlántico y el Mediterráneo, y sus esfuerzos comerciales eran sustentados por los judíos residentes en Amsterdam, Salónica, Estambul, Caracas, New York y Curaçao.

El factor crítico aquí es que las aventuras comerciales que fracasaban o que tenían poco éxito estaban respaldadas por las compañías aseguradoras judías quienes entonces asistían a los comerciantes desafortunados y frecuentemente conseguían levantarlos de nuevo. Incidente tras incidente están documentados esos volúmenes de casos donde las operaciones de los comerciantes judíos iban por mal camino o fueron confiscadas por los franceses o por los ingleses, y donde familias de comerciantes judíos fueron a la bancarrota. Sin embargo, no llegaron a permanecer en esa condición, ya que una carta dirigida a Amsterdam al Consejo de Rabinos o a la Compañía de las Indias Occidentales, o una carta a Salónica, traería ayuda monetaria a la familia rápidamente, restaurando el capital y el crédito del comerciante y permitiéndole volver a empezar de nuevo. Y, al revés, cuando los tiempos fuesen buenos otra vez, él devolvería el favor a algún otro miembro menos afortunado de este pueblo dispersado y con todo tribalmente interdependiente. Un mercader holandés en similares circunstancias habría sido arruinado. . .

Sin embargo, esos factores, que le dieron un destacado éxito a los judíos en la esfera comercial, fueron también la causa de su eventual caída. Los comerciantes holandeses —como otros la sentirían en los siglos venideros— sintieron gran envidia y fueron grandes enemigos de este tipo de hermandad tribal, ya que ésta los ponía en una clara desventaja en la competencia mercantil. Con todo, los holandeses, y más tarde otros, se sintieron, como pueblo anfitrión, generosos hacia los judíos, ofreciéndoles su protección; y a pesar de eso, aquéllos siguieron siendo eclipsados por los judíos y excluidos del toldo tribal que los judíos habían erigido para sí mismos. Y así, comenzó a desarrollarse el clásico odio "marxista". La competencia mercantil y la exclusión tribal produjeron el inevitable odio, hostigamiento, violencia y contra-exclusión. . .

Y más aún, el odio "marxista" siempre retrocede ante el odio freudiano: que en forma estereotipada, es percibir las acciones de los "otros" como neuróticas y paranoicas. Y, en este caso, el creciente fanatismo Calvinista-Cristiano aventó las llamas de la interacción paranoica.

Ahora bien, los judíos siempre han sido considerados ambivalentemente por los cristianos. De un lado, siempre fueron vistos como el pueblo de la Biblia, y por tanto, de alguna manera santo y superior a todos los otros pueblos. De otro lado, los judíos fueron también el pueblo que mató a Cristo —si los romanos se lo propusieron a ellos o si ellos a los romanos es irrelevante—, ya que todavía son vistos como responsables de la muerte de Cristo, poco importa en dónde se ponga el énfasis.

Conforme el Calvinismo arraigaba más fanáticamente en Holanda, así la percepción de los judíos se iba distorsionando crecientemente. . .

El mismo proceso que había ocurrido en España —la competencia económica llevó a un conflicto religioso y finalmente a la expulsión de los judíos— otra vez ocurrió en los territorios holandeses. Sin embargo, para crédito de los holandeses, el proceso nunca fue tan brutal como lo había sido en España, donde las clases bajas eran mucho más pobres, mucho más numerosas y donde pidieron cuentas a la mayoría de ellos por la violencia directa. Y también, en Holanda no fue necesaria inquisición alguna en la fundación de una estructura estatal centralizada, ya que la primera revolución burguesa exitosa había decidido esta lucha y la Casa de Orange ya se había convertido en la primera monarquía de la Europa Occidental. La revolución de la burguesía habría de traer con ella tribunales de ley y consejos legislativos donde, cuando menos, los judíos podían alegar sus casos, y los alegaron con algún éxito.

Todo el anterior drama está descrito en los volúmenes de *History of the Jews of the Netherland Antilles*. Sin embargo, es necesario que avise al lector que esto está hecho elípticamente por medio de unas notas bibliográficas al azar sobre esta familia o aquélla, o sobre este rabino o el otro, ésta o aquella empresa comercial en la isla de Curaçao. Este libro no está escrito en forma interesante y tiende a enredarse en un conjunto de familias insignificantes y de disputas congresionales aburridas e irrelevantes de suyo. Los detalles del libro son historiográficamente envidiables, pero la interpretación y análisis están ausentes en tal manera que estoy tentado a considerar este libro casi como una primera fuente en lugar de una historia real.

Y, además, el autor se enreda en un procedimiento fatal e imperdonable en el que muchos historiadores judíos caen. Este estriba en que ya que los judíos han sufrido tanto —y continúan siendo perseguidos— a lo largo de su historia, por tanto, cualquier mala actividad en la que hayan estado enfrascados es necesario que se racionalice para que así los judíos continúen siendo considerados santamente.

Específicamente, me estoy refiriendo a la relación de los judíos con el tráfico de esclavos en las Indias Occidentales y a la posesión

de esclavos. El autor insiste en racionalizar esto en lugar de aceptarlo como un hecho. Por ejemplo, dice una vez y otra vez, que la agricultura no era posible en Curaçao sin esclavos, debido a que era muy caluroso. ¡Desearía saber si él diría esto de la kibbutznización en el Negev! Y más aún, continúa y continúa sobre lo bien que los judíos trataron a sus esclavos —mejor que cualquiera otros, claro está. ¡Cielos, ellos les daban libres los sábados así como los domingos! Claro está, los judíos prohibieron el matrimonio interracial y mantuvieron una prohibición religiosa sobre los niños mulatos de padres judíos por 100 años más que los holandeses de Curaçao, que les concedieron la legitimación religiosa y cívica, y esto el autor lo documenta, pero lo ignora.

En cualquier caso, la historia de los judíos es una historia notable y no necesita que se la glorifique más allá de sus límites, ni es necesario racionalizar cualquier borrón en tal historia.

Y, finalmente, el último comentario negativo sobre *History of the Jews of the Netherland Antilles*, es simplemente que ésta es la historia de una pequeña actividad de mercaderes y disputas congresionales, ya que no emergieron de Curaçao intelectuales, ni héroes, ni incluso se levantó un imperio mercantil... sin embargo, de esto no podemos culpar a los autores.

Ronald M. Glassman